

Autor: Iván Sierra Martínez

Título: LA RUINA CUÁNTICA

Materia o área de conocimiento: Literatura
(creación literaria: novela breve)

ÍNDICE

Presentación	3
<i>La ruina cuántica</i>	5

PRESENTACIÓN

La ruina cuántica es una novela de narrativa especulativa, ambientada en la Ciudad de México, cuya propuesta explora la relación entre memoria colectiva, poder institucional y simulación tecnológica.

El texto sigue los pasos de Beatriz, una reportera del tráfico vial, y de su camarógrafo, Dante. Ambos personajes se convierten en testigos de un desastre natural provocado por las intensas lluvias: un socavón se abre en plena calzada Ignacio Zaragoza y comienza a crecer sus dimensiones, devorando vehículos, transeúntes, edificios y todo lo que está a su paso; dicho fenómeno da lugar a una realidad alterna.

Aunque su extensión —poco más de 12,000 palabras— pudiera sugerir a simple vista un cuento largo, *La ruina cuántica* debe considerarse una novela breve, pues la obra presenta una complejidad estructural y diversos elementos propios de la novela: amplitud del mundo narrativo; evolución y transformación de los personajes; cambio de registros; una trama articulada mediante la superposición de capas temporales y una ambición temática que desborda los límites de un mero relato extenso. Asimismo, la obra acusa una polifonía narrativa, compuesta por tres niveles textuales diferentes:

1. La narración principal en tercera persona, que refiere el colapso de la ciudad y las acciones de Beatriz y Dante en ese presente.
2. Los diarios personales de Beatriz, escritos en primera persona, que indagan el duelo del personaje por la muerte de su madre y dan cuenta de la disolución de su identidad.
3. Los registros de bitácora de un proyecto institucional, escritos en un tono técnico y burocrático, que revelan los fundamentos de una simulación tecnológica relacionada con la urbe.

De tal modo, por virtud de la polifonía, el lector accede a un universo donde la realidad se colapsa desde diferentes perspectivas: la inmediatez del testimonio periodístico, la intimidad del duelo y la frialdad de la documentación institucional.

En este sentido, la filiación genérica se corresponde también con la literaria, pues *La ruina cuántica*, además de abreviar de la crónica periodística, los documentos burocráticos y el *thriller* metafísico, dialoga con la literatura mexicana del desastre y la memoria, así como con la tradición especulativa y los clásicos

universales. Por un lado, están presentes los ecos de las crónicas de Elena Poniatowska, sobre el terremoto de 1985, y la obra de Juan Rulfo, donde los lindes entre vida y muerte se desdibujan. Por otro, las obras de Philip K. Dick en torno a la simulación de la realidad y la estructura de descenso infernal de *La divina comedia* de Dante Alighieri (junto con los nombres de los personajes) son presencias innegables.

Asimismo, un elemento que abona a la urdimbre intertextual es la inclusión del Mictlan en la novela. Los nueve niveles del inframundo mexicana aparecen no como ornato arqueológico, sino como una experiencia sensorial que relaciona los castigos míticos con los hechos trágicos de la Ciudad de México: la matanza de Tlatelolco en 1968, la explosión de San Juanico en 1984 y las muertes violentas que ha dejado el narcotráfico. Esta superposición de planos temporales sugiere que la historia mexicana es un ciclo, y nuestra memoria de ella, un código manipulado desde la narrativa oficial.

Pero esta recuperación del imaginario prehispánico y su actualización no agota el intertexto histórico; el epílogo retoma los terremotos del 19 de septiembre de 1985 y 2017. La escena presenta a dos personajes cuya conversación los ubica, sin que ellos lo sepan, en los lugares precisos donde sucederán las catástrofes. El año no se especifica, por lo que ambas tragedias coexisten en una superposición cuántica; entonces, el lector se convierte en el observador que causa el colapso de la función de onda, es decir que, al elegir una interpretación, es él quien determina qué versión de la historia está leyendo. Este recurso provee a la novela de una ambigüedad fecunda y refuerza su tesis: la realidad no es un conjunto de hechos fijos, sino una elección, una construcción narrativa.

La ruina cuántica propone que la Ciudad de México, como cualquier otra metrópolis del país o del mundo, es también una ficción compartida, hecha de memoria, trauma y relatos oficiales. Desde esa premisa, la novela usa la ficción especulativa no como recurso evasivo, sino como una vía para cuestionar la identidad mexicana contemporánea y las formas en que imaginamos nuestra realidad.

LA RUINA CUÁNTICA

“¡Vale madre!”, masculló Beatriz al intentar subir el cierre trabado de su impermeable amarillo, mientras el agua azotaba el pavimento lleno de baches como un látigo.

La lluvia sobre la Ciudad de México no daba tregua desde hacía días, y la calzada Ignacio Zaragoza lucía como cada año en esta temporada: charcos gigantescos bajo la maldición de los claxones y la polución del aire. El cielo tenía un color plomizo, casi violáceo, que anunciaba el reinicio de la tormenta.

A los pies de Beatriz, una corriente de agua negra arrastraba botellas de PET, basura y las ilusiones rotas de quienes deseaban llegar a su casa aquel viernes por la tarde. Dante, su camarógrafo, trataba de proteger el lente de la cámara con una bolsa de plástico improvisada.

—Cuarta toma, Dante —dijo Beatriz, con la voz ya ronca de tanto gritar sobre el rugido de motores—. El mismo desastre, otro ángulo.

—Se está empañando mucho el lente, deja lo vuelvo a limpiar.

Llevaban más de dos horas transmitiendo cortes informativos sobre el caos vial, lo que en aquel periodismo de supervivencia era algo común.

—¿Tienes señal, compañero? Necesitamos entrar en vivo para el noticiero de las siete. El jefe quiere ver el nivel del agua en la avenida.

—Va y viene, Betty, va y viene... Parece que los equipos se volvieron locos —Dante frunció el ceño sin hacer mucho caso del agua que empezaba a apretar.

Beatriz no tuvo tiempo de decir más. Un sonido inusual, nacido de las entrañas mismas de la tierra, enmudeció el ruido del tránsito. No fue una explosión, sino un crujido pesado y hondo, como una especie de tronido subterráneo. Los conductores de los autos cercanos se detuvieron en seco. El semáforo de la esquina parpadeó y se apagó, dejando a la avenida sumida todavía más en el caos.

Entonces, el suelo jadeó. Beatriz vio cómo el asfalto empezaba a ondularse rápidamente. Una grieta fina, casi imperceptible al principio, nació justo debajo de un microbús que esperaba el cambio de luces. Y en cuestión de segundos, la grieta se ensanchó hasta convertirse en un gran agujero, devorando las líneas amarillas del carril confinado. El agua de la lluvia comenzó a precipitarse hacia el socavón con una violencia aterradora.

—¡No mames! ¡Graba eso, Dante! ¡Grábalo! —gritó Beatriz, con la adrenalina disparada por sus venas. El miedo la recorrió toda, pero su instinto profesional se mantuvo fuerte.

El microbús se hundió en el concreto. Los gritos de los pasajeros se elevaron por encima de la tormenta, impregnando un eco de pánico en la sangre de Beatriz. El suelo alrededor del transporte comenzó a desgajarse en bloques perfectos. Con un estruendo final de metal retorcido, la parte trasera del micro desapareció en el abismo, junto con una pipa de agua y dos autos medianos.

Beatriz corrió hacia el borde, ignorando los gritos de advertencia de su compañero, y lo que vio la dejó sin aliento: no se trataba de un socavón común, de esos provocados por el remojo de la carpeta asfáltica, sino de una garganta simétrica, un círculo de oscuridad absoluta, al parecer, sin fondo. El agua caía en su interior formando una cascada, pero no se escuchaba el golpe del líquido contra el suelo. Era como si el agujero se tragara el sonido mismo.

—¡Atrás, Beatriz! ¡Se está moviendo! —rugió Dante, tomándola del brazo y tirando de ella, justo cuando un segundo tramo de la avenida colapsaba.

Un Versa rojo, cuyo conductor había logrado salir apenas unos segundos antes, se arrastró en silencio hacia la oquedad. El hombre, empapado y temblando, se arrodilló en el asfalto restante, mirando cómo su patrimonio se hundía en la nada. Beatriz sintió el suelo vibrar bajo sus propias botas: una pulsación rítmica, un latido que subía por sus piernas y se instalaba en su pecho.

La prensa comenzó a llegar, las sirenas de las patrullas se mezclaban con los truenos, pero nadie se atrevía a acercarse demasiado. El socavón, cuyo diámetro inicialmente medía apenas unos metros, seguía creciendo. Los bordes se desmoronaban con una exactitud sobrecogedora, tragándose postes de luz, señales de tránsito y la poca dignidad que le quedaba a la ciudad.

Beatriz miró a la cámara. Su rostro, iluminado por los relámpagos, reflejaba una determinación sombría:

—Estamos reportando en vivo desde la calzada Ignacio Zaragoza, donde la tarde de este 8 de septiembre de 2017 ha ocurrido un evento sin precedentes... —comenzó a decir, con la voz firme a pesar del temblor interno—. Lo que ven a mis espaldas no tiene explicación. La tierra se está abriendo y no existe evidencia de que vaya a detenerse.

Mientras hablaba, una ráfaga de viento helado emergió de las profundidades del agujero, trayendo consigo un olor imposible de identificar: un hálito ancestral, como de cuevas olvidadas y tiempo detenido. El latido bajo sus pies se intensificó, volviéndose una frecuencia que hacía sus dientes crepitar. En ese

momento, Beatriz lo supo: aquello superaba en mucho a un mero accidente geológico.

La noche cayó sobre la Ciudad de México no como un manto, sino como una maldición. Las torretas de las ambulancias y patrullas creaban un baile frenético de sombras, contra las paredes de los edificios que aún permanecían en pie. El socavón ya no era una simple anomalía; se había convertido en un monstruo con hambre propia. En las últimas dos horas, el diámetro del agujero se había triplicado, extendiéndose hacia las zonas habitacionales en torno a la avenida.

Beatriz observaba desde una distancia cada vez menos segura. El cordón policial había sido movido cuatro veces. Los oficiales, con rostros pálidos y movimientos erráticos, ya no intentaban organizar el tráfico; su única prioridad: alejar a la multitud arremolinada en los límites de la catástrofe.

—¿Viste eso, Betty? —preguntó Dante, ajustando el trípode en una cornisa de concreto—. Los edificios no se caen; son succionados.

Beatriz lo había notado. No presenciaban un derrumbe desordenado. Los edificios y construcciones grandes se hundían con una serenidad atroz; incluso un hotel y una escuela se inclinaron con una elegancia trágica antes de desvanecerse en la negrura. No había escombros volando en el ambiente, ni el estruendo propio de cualquier derrumbe. Solo el silencio absoluto del abismo, y después, el eco tardío de un impacto que nunca llegaba a ser total.

De repente, un grito desgarrador cortó el aire. Una mujer, desesperada, quería burlar la vigilancia policial para correr hacia un edificio ubicado a escasos metros del borde:

—¡Mi hijo! ¡Se quedó adentro! —aullaba, mientras con sus manos arañaba el aire.

Beatriz no lo pensó. Soltó el micrófono y corrió tras ella. Esquivó a un policía distraído y alcanzó a la mujer justo cuando el suelo comenzaba a agrietarse bajo sus pies. El edificio, una estructura vieja de ladrillos grises, emitió un quejido metálico.

—¡Venga aquí! ¡Es demasiado tarde! —gritó Beatriz, rodeando la cintura de la mujer con sus brazos.

—¡No! ¡Déjame! —Luchaba la madre, pero el suelo cedió. Un trozo de banqueta de dos metros de largo se desprendió. Beatriz sintió el vacío bajo sus talones y, por un segundo, el tiempo se detuvo. Vio la oscuridad del socavón, una profundidad ilógica, y juró ver, por una fracción de segundo, cómo las paredes

del agujero no se componían de tierra, sino de algo liso, oscuro y brillante como la obsidiana.

Dante llegó justo a tiempo para sujetar a Beatriz del impermeable y tirar de ambas hacia el suelo firme. El edificio se deslizó con una lentitud de pesadilla. No hubo explosión de polvo, solo un suspiro gélido como una bofetada en sus rostros. La mujer se desplomó en el suelo, sollozando, mientras Beatriz intentaba recuperar el aliento. Sus pulmones ardían y el corazón le martilleaba las costillas.

—¿Estás loca? —le recriminó Dante con la voz quebrada—. Casi te vas con ella.

Beatriz no respondió. Miraba fijamente hacia el agujero. Algo se movía allá abajo. No eran personas, ni animales, sino luces, pequeñas chispas de un azul eléctrico en una danza misteriosa al fondo, moviéndose con una inteligencia colectiva. El golpeteo de la lluvia en lo profundo se convertía en algo más: un murmullo, una cacofonía de voces que hablaban en un idioma viejo, olvidado.

—Dante, ¿oyes eso? —susurró ella, ignorando a la policía que finalmente llegaba para retirarlos de la zona de peligro.

—No, compañera. Solo oigo la lluvia y los gritos de la gente. Mejor vámonos de aquí. Esto ya se puso muy cabrón.

Pero Beatriz se quedó un momento más. El reproductor de música en su bolsillo, un antiguo iPod que su madre le había regalado cuando entró a la prepa y que siempre cargaba como especie de amuleto, comenzó a calentarse. Lo sacó y vio cómo el aparato emanaba una vibración sutil. En ese momento, el objeto sintonizó una frecuencia irregular y, como si cobrara vida propia, dejó escapar una palabra: “Vuelve”.

La prensa internacional ya estaba transmitiendo imágenes satelitales. El socavón, más que un círculo perfecto, empezaba a ramificarse, siguiendo las líneas de las calles como si estuviera dibujando un mapa inverso de la ciudad. Las alcaldías de Iztapalapa y Venustiano Carranza se mantenían en alerta máxima, y los primeros informes del gobierno hablaban de fallas geológicas y lluvias atípicas, pero Beatriz albergaba una certeza cruda: ninguna lluvia podía abrir una puerta al infinito.

Mientras se alejaban hacia la unidad móvil, la reportera miró hacia atrás por última vez. En el borde del abismo, una figura humana permanecía inmóvil, observando el vacío. No se mostraba asustada; parecía estar esperando. Antes de que Beatriz pudiera advertirle a Dante, la figura dio un paso al frente y se dejó caer. No hubo grito. Nada más el silencio de aquella embocadura voraz.

El estudio de televisión era un hervidero de nervios. Las pantallas mostraban mapas de la urbe, con un lunar negro cuyo crecimiento no cesaba. Beatriz se sentó frente al espejo del camerino, donde advirtió las ojeras y las manchas de barro de su rostro. No había dormido en horas. Cada vez que cerraba los ojos, veía el edificio de ladrillos grises esfumarse en el silencio.

“Debes ser profesional, Beatriz”, se dijo a sí misma, mirando su reflejo. “Solo comunica los hechos”. Pero los hechos lucían insuficientes. El boletín oficial del gobierno se había actualizado: Protección Civil afirmaba que no era un socavón, sino un “asentamiento diferencial por estrés hídrico”, resultado de la escasez o de variaciones drásticas de la humedad. Una explicación rebuscada, aburrida y, según Beatriz, por entero falsa.

—Al aire en tres, dos, uno... —indicó el productor.

Beatriz miró a la cámara con la intensidad de quien sabe algo oculto detrás de la noticia:

—Buenas noches. La cifra de desaparecidos en la calzada Ignacio Zaragoza asciende ya a cientos. Mientras el gobierno pide calma, el abismo continúa su avance implacable hacia el centro de la capital. Hemos obtenido imágenes exclusivas de lo sucedido en los bordes del desastre.

Dante, desde la cabina de edición, lanzó el video grabado horas antes. Pero algo andaba mal. Las imágenes proyectadas en la pantalla nacional se veían granuladas, distorsionadas por una interferencia ausente en el archivo original. Los destellos observados por Beatriz estaban escondidos tras un velo gris de estática.

—¿Qué pasa con el video? —murmuró la reportera por el intercomunicador durante el corte comercial.

—No lo sé, Betty —respondió Dante, frustrado—. En mi monitor se ve bien, pero la señal de salida está siendo filtrada.

En ese momento, la puerta del estudio se abrió con violencia. Entraron cinco hombres. No eran policías; no llevaban uniformes, solo un minúsculo pin dorado en la solapa. El que iba caminando por delante mostró una credencial enfundada en cuero negro:

—Heriberto Arreola, Director General de Infraestructura Crítica del CISEN
—Arreola, un hombre de unos sesenta y cinco años, tenía el cabello cuidadosamente peinado con gel y unos ojos idénticos a dos pozos de petróleo.

—Mucho gusto. Beatriz Saldaña Páez.

—Señorita, su cobertura cruza la línea del sensacionalismo; provoca un pánico innecesario —su voz se escuchaba como un susurro autoritario que helaba el ambiente—. A partir de este momento, todo el material gráfico de su cadena debe ser supervisado por mi oficina antes de salir al aire.

—¿Supervisado o censurado? —replicó Beatriz, levantándose de la silla—. Usted sabe lo que sucede ahí afuera; no es un asentamiento. He visto cosas, señor. He oído cosas. El agua no está hundiendo la calle, se la está tragando algo que tiene hambre.

Arreola se acercó a ella, invadiendo su espacio personal:

—Señorita, en este país el hambre es una política pública, no una metáfora geológica. Usted vende miedo; yo vendo orden. Y hoy, el orden dicta que usted guarde silencio.

Arreola no gritó; apenas levantó un dedo. Sus hombres se movieron con una precisión coreográfica, mientras desconectaban las cámaras, pantallas y el resto del equipo. Dante trató de oponerse, pero uno de ellos lo apartó con una mano fría e indiferente. No hubo insultos, solo el zumbido de los servidores al apagarse uno a uno.

—Confisquen todo —ordenó el funcionario—. Y asegúrense de que la señorita descanse. No queremos que su imaginación siga volando en la próxima transmisión.

Cuando los hombres de Arreola se retiraron, el estudio quedó en un silencio de sepulcro. Los técnicos evitaban mirar a Beatriz. El miedo del funcionario se contagiaba, pero también implicaba una confirmación: si el gobierno estaba tan desesperado por ocultar las imágenes, sería porque el socavón no se trataba de un accidente. Era un secreto.

Beatriz salió del edificio por la puerta de atrás, donde Dante la esperaba en su camioneta vieja. Llovía de nuevo, una lluvia fina semejante a la ceniza.

—¿La tienes? —preguntó Dante.

Beatriz sacó la pequeña memoria SD:

—Sí. Pero no podemos usar los canales normales. Arreola tiene ojos en todas partes.

—Tengo un contacto —dijo Dante, arrancando el motor—. Un geólogo que trabajó para la Conagua hace años. Lo despidieron por hablar de “anomalías estructurales” bajo la Zaragoza. Se llama Hugo Avendaño. Si alguien sabe qué demonios es ese agujero, es él.

La vieja minivan seguía su marcha. Dante apretaba el volante con los nudillos blancos, esquivando los baches escondidos por la lluvia como trampas mortales.

—¿Sabes lo que decía mi abuelo de mi nombre, Betty? —preguntó sin quitar la vista del camino—. Decía que los Dante estamos condenados a andar por lugares horribles, solo para ver si al final encontramos algo que valga la pena.

Beatriz sacó su iPod. Emitía un calor constante, como un corazón pequeño.

—Tu abuelo tenía razón en algo: esto es un infierno.

Beatriz miró por el retrovisor. Un auto negro los seguía a una distancia prudente. El juego había cambiado. Ya no se trataba solo de informar sobre una catástrofe, sino de sobrevivir a una verdad imposible de digerir no solo para ellos, sino para la ciudad entera. El iPod en su bolso volvió a vibrar, esta vez con una intensidad que le quemaba la piel a través de la tela.

La casa de Hugo se escondía en un callejón de la colonia Santa María la Ribera, un lugar ajeno al pulso del tiempo. El interior olía a cigarro, a papel viejo y a la humedad propia de un hombre cuya vida ha transcurrido en estudios del subsuelo. Mapas de la Ciudad de México cubrían las paredes, pero no se trataba de mapas comunes. Estaban llenos de anotaciones en rojo, círculos concéntricos y líneas arbitrarias.

Hugo tenía unos sesenta años y manos temblorosas, pero ojos afilados. Recibió a los periodistas sin mucha sorpresa, como si ya los estuviera esperando.

—¿Dante y Beatriz? —Hugo soltó una carcajada seca que terminó en una tos asmática—. ¡Qué ironía tan pesada! Espero que no anden buscando el Paraíso, porque bajo la Zaragoza es el lugar de los que no tienen salida.

Beatriz le entregó la memoria SD. Hugo la insertó en una *laptop* que semejaba un fósil tecnológico. Después de unos minutos de procesamiento, la imagen emergió limpia. Las luces azules que Beatriz había visto no eran reflejos, sino estructuras.

En el fondo del abismo, a una profundidad que ningún dron podría haber alcanzado, se veían formas geométricas: torres de metal retorcido cuyo aspecto se antojaba intencional.

—Miren —señaló Hugo con un dedo nudoso—. No es un socavón circular. Si unes los puntos de los hundimientos ocurridos en las últimas doce horas, obtienes esto.

Dibujó una línea sobre un mapa digital. La forma resultante mostraba no una falla geológica, sino una especie de glifo, pero con una precisión matemática moderna.

—¿Qué cosa es esto? ¡Por Dios! ¡Vi un micro escurrirse en un vacío que no tenía eco! Vi luces azules rarísimas al fondo. ¿Qué hay allá abajo? —Beatriz sintió un escalofrío. El iPod en su bolso comenzó a emitir un pitido rítmico. Lo sacó y lo puso sobre la mesa—. ¡Esta chiva ya se descompuso!

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó el geólogo, petrificado al ver el artefacto. Su voz, apenas un susurro.

—Me lo regaló mi madre cuando entré a la prepa, dos meses antes de morir.

Hugo tomó el reproductor con una curiosidad casi infantil.

—Los circuitos de esta cosa son de silicio y oro... No se descompuso ni es estática lo que escuchas, niña —dijo Hugo, sin quitarle la vista al iPod que vibraba sobre la mesa.

—¿Entonces?

—Es resonancia —los dedos de Hugo volaban sobre el teclado—. Tu dispositivo está captando el pulso de la magnetita del subsuelo. Ese pitido no es una falla, es un patrón, un código, y debemos descifrarlo. Tal vez ahí encontremos la causa de todo esto.

El teléfono de Hugo vibró sobre la mesa, desplazando un montón de mapas. El nombre en la pantalla hizo que el geólogo se quedara sin aire: “Heriberto Arreola”.

—Me encontré —susurró Hugo, y el color abandonó su rostro—. Sabe que están aquí.

Antes de que pudiera contestar, un estruendo sacudió la casa. No fue un terremoto. Fue el sonido de algo enorme a punto de ser succionado cerca de allí. Beatriz corrió a la ventana. A unas tres calles de distancia, la cúpula de una iglesia y lo que tal vez era el Museo de Geología de la UNAM se hundían lentamente en el suelo, rodeados por la misma neblina azulada del socavón principal.

—¡Tienen que irse! —gritó Hugo, empujando a Beatriz hacia la puerta—. Llévense los mapas. Llévense el aparato. Si Arreola los atrapa, nunca sabremos la verdad.

—¿Y usted? —preguntó Beatriz.

—Yo ya he visto suficiente —respondió Hugo, volviendo a su computadora—. Voy a intentar enviar estos datos a un servidor internacional antes de que corten la fibra óptica.

Beatriz y Dante salieron al callejón justo cuando dos camionetas negras se detuvieron frente a la casa. Escucharon el estallido de la puerta al ser derribada. Ella quiso volver, pero él la arrastró hacia la minivan. Mientras arrancaban, Beatriz miró por la ventanilla. Vio a Hugo levantar la mano en un gesto de despedida. Un segundo después la casa entera implosionó, para luego sumergirse en una cavidad abierta en medio de la calle.

El silencio posterior fue más aterrador que cualquier estallido. Hugo se había ido y, con él, la última voz de la razón. Ahora solo quedaban ellos, el mapa de las sombras y el abismo ingobernable.

[Registro de bitácora: Proyecto Anáhuac / Folio 89-02]

Hemos iniciado los trabajos de reconstrucción. El martes pasado llegó equipo especial de Estados Unidos y personal técnico que nos capacitará en su uso. El dibujo ha comenzado a desarrollarse y se han restablecido algunas zonas de Tlalpan, La Roma y Lindavista.

Sin embargo, falta el corazón de la ciudad: los edificios principales, del Eje Central a Circunvalación, y de Garibaldi a Salto del Agua. Después, seguiremos con la colonia Doctores y la Obrera. La reconstrucción del Centro es la que se llevará más energía; aparte, está el problema del Templo Mayor; la inauguración del centro arqueológico y del museo tuvo que suspenderse, y es de lo primero que debemos atender.

Además, nos llevará tiempo levantar Tlatelolco. No solo el Nuevo León, sino también la Torre Insignia; las torres Veracruz, Zacatecas y Coahuila; Relaciones Exteriores; el ISSSTE, el edificio Chihuahua y la iglesia de Santiago.

El Presidente prometió en campaña no solo la reconstrucción, sino la modernización de la ciudad, por ello es muy probable que hagamos cambios significativos en el paisaje capitalino; es imposible que todo luzca igual que antes de los terremotos.

La Ciudad de México se había transformado en un laberinto de zonas de exclusión y campamentos de refugiados. Lo que antes era una metrópolis vibrante ahora se mostraba como una herida abierta. La lluvia no cesaba; como una cortina gris, borraba los límites entre el cielo y la tierra. Dante conducía por calles secundarias, para evitar las avenidas principales donde los retenes militares filtraban cada movimiento.

—Iztapalapa ya no existe —dijo Beatriz, mirando su teléfono—. Las redes sociales están llenas de videos. Según la gente, el suelo se volvió líquido. No hay sobrevivientes en las zonas rojas.

—¿Y si vamos a La Villa, Betty? Ahí seguro habrá un albergue y podremos descansar, dormir un rato. Luego, si quieres, intentamos descifrar el dichoso código que dijo Hugo. Además, debemos alejarnos del agujero lo más que podamos.

—No hay que alejarnos tanto; es más fácil encontrar alguna pista cerca del hoyo, que lejos de él. Tan solo piensa, si nos alejamos mucho, el iPod ya no captará las frecuencias que ahora está captando, y sin eso no podremos descifrar este enredijo. Mejor vamos por aquí cerca, pero no a un albergue, pues la gente de Arreola nos encontraría.

El mapa que Hugo les había entregado estaba extendido sobre el tablero. Las líneas rojas ahora cobraban sentido. El socavón no se expandía al azar; estaba siguiendo las antiguas calzadas que conectaban a la gran Tenochtitlan, además de elegir lugares emblemáticos para su destrucción. Parecía como si la geografía ancestral estuviera reclamando su lugar, devorando el asfalto moderno para revelar lo que siempre estuvo allí.

Dante se estacionó en una callejuela, atrás del Fórum Buenavista, y apagó las luces de la camioneta. Afuera, la lluvia golpeaba el techo de lámina con un sonido metálico, eclipsando el eco de las sirenas lejanas. Beatriz sostenía el iPod con ambas manos, como si fuera una brújula o un amuleto. El pitido sonaba constante, una pulsación secreta: el ritmo cardíaco de la ciudad herida.

—Mi abuelo me enseñó el Morse cuando era niño —susurró Dante, sacando una libreta de reportero y un lápiz—. Decía que la luz y el sonido son lo único que no puede mentir.

Se quedaron en silencio. Dante cerró los ojos, concentrado en los puntos y rayas emitidos por el aparato. Su mano comenzó a trazar letras sobre el papel. Beatriz

lo observaba, conteniendo la respiración. El aire dentro de la minivan se sentía denso, cargado de ese olor a ozono y tierra mojada surgido del abismo.

—Es una secuencia repetitiva —dijo Dante, con la voz quebrada—. Se detiene y vuelve a empezar. Son solo tres palabras, Betty.

Le pasó la libreta. Bajo la tenue luz del tablero, Beatriz leyó los trazos rápidos de Dante, los cuales no articulaban una advertencia del gobierno, ni una coordenada geográfica: “NO ESTÁS FUERA”.

Beatriz sintió que el frío del metal del iPod se extendía por sus brazos.

—¿Qué significa? —preguntó Dante—. ¿Que no estamos fuera del peligro?

—No —respondió ella, mirando hacia el horizonte, donde el Monumento a La Raza empezaba a desdibujarse bajo una neblina azul—. Mi madre solía decirme eso cuando tenía pesadillas y no podía dormir. Según ella, el mundo que vemos es solo una costra y nosotros no estamos “fuera” de la tierra... somos parte de ella.

En ese momento, el iPod dejó de sonar; su pantalla cambió y por un segundo se mostró una foto que Beatriz no recordaba haber guardado: su madre, años atrás, posando frente a una estructura de piedra; esta no era una ruina arqueológica, sino un edificio moderno que aún no se construía.

—Este edificio no existía cuando mamá estaba viva... Ya no sé bien... Todo es tan confuso...

—Debemos esperar a que el iPod vuelva a emitir sonido para seguir descifrando más mensajes... Mira, el hoyo sigue avanzando. Según el mapa de Hugo, la siguiente fisura ocurrirá en el Centro. Mejor busquemos dónde descansar y ya ahí vemos qué hacer: si llegan más mensajes o si decidimos regresar al socavón, o si este nos traga para siempre.

Mientras encendían la camioneta, un nuevo estruendo sacudió la tierra. El Zócalo, el corazón de la nación, acababa de reportar su primera grieta. El abismo ya no estaba en la periferia; estaba en el centro de todo. Beatriz miró el iPod. La foto de su madre empezó a desvanecerse, pero la estructura de piedra detrás de ella permanecía fija, superponiéndose al paisaje real de la ciudad. El Zócalo no solo se estaba agrietando; se estaba abriendo como una herida en busca de su propia cicatriz.

Beatriz comprendió entonces que la ciudad no caía al vacío: el vacío estaba expulsando la mentira del presente para dejar al pasado respirar de nuevo. Y ellos, atrapados en la minivan, eran los únicos pasajeros de un viaje hacia el origen de todo.

Mis manos aún tiemblan. Huele a tierra mojada, pero no se trata de ese petricor que se respira en el verano, es algo diferente, como un olor a pólvora y cartón húmedo, a lodazal. Dante duerme; debe estar rendido, igual que yo, pero por más que quiero no puedo conciliar el sueño. Apenas cierro los ojos y vuelvo a ver los edificios extinguirse en esa nada; en cuanto comienzo a desconectarme, observo la casa de Hugo contrayéndose en su propio cascarón: miro la ventana ciega a lo lejos... pero no es el geólogo quien se despide de mí. Eres tú.

Hoy, al ver tu foto, recordé cuánto me dueles aún. El gobierno explicó tu muerte como ahora explica el desastre: premisas y argumentos de una lógica inventada, coartada cínica semejante a la burla. “Una explosión accidental en las instalaciones del CISEN”, dijeron; sin embargo, nunca hubo cuerpo, nunca hubo nada, solo este iPod y la sensación de que el aire que respiraba se hacía más delgado sin ti. No hubo despedida, solo la ausencia que todavía me abarca.

La mañana siguiente no trajo luz, solo una penumbra densa sin la mínima intención de disiparse. El gobierno había declarado oficialmente el Estado de Emergencia. Las redes sociales estaban bloqueadas y las transmisiones de televisión habían sido reemplazadas por un bucle infinito de música clásica y llamados a la calma. La Ciudad de México estaba aislada del mundo, una isla de concreto rodeada por un océano de incertidumbre.

Beatriz y Dante se refugiaron en un motel abandonado en la colonia Guerrero. El edificio crujía con cada ráfaga de viento, como si también tuviera miedo de caer. Beatriz intentaba sintonizar algo en su iPod, pero solo obtenía una estática densa, similar al latido de un corazón enfermo.

—El gobierno ha bloqueado todo —dijo Dante, lanzando su teléfono contra la cama—. Estamos ciegos. No sabemos si el socavón ya se tragó el Palacio Nacional.

—Las autoridades no están tratando de protegernos, Dante. Están ganando tiempo. No quieren que sepamos algo, que la gente sepa la verdad de lo que está ocurriendo.

De repente, la estática del iPod cambió. La pantalla estaba al rojo vivo. La foto de su madre ya no era una imagen quieta, sino un video en bucle. En él, su madre caminaba por un pasillo de cristal que conectaba la Catedral Metropolitana con el Templo Mayor. No había calles, solo puentes de luz sobre un lago, pero un lago hecho de reflejos eléctricos.

—¡Dante!, ¡mira esto! ¡Es mi mamá! —gritó Beatriz asustada y a la vez sorprendida.

—¿Dónde está? Parece... ¡Es la Catedral! ¡Pero sobre un lago!

—No es un lago... Son como pequeños números de un código, en un flujo incesante de datos.

El video se cortó con un estallido sonoro que hizo que Beatriz soltara el iPod. El aparato estaba hirviendo. Al mismo tiempo, el cielo sobre la ciudad se iluminó con un resplandor verde esmeralda. Un rayo de luz pura descendió desde las nubes directamente hacia la zona norte de la capital.

—¡Mira eso! —exclamó Dante, señalando por la ventana.

Un helicóptero sobrevolaba la zona del rayo. Beatriz vio, a través de sus binoculares, cómo la aeronave fue atrapada por una corriente ascendente. No había caído; una fuerza invisible la atrajo misteriosamente hacia arriba.

—Son los militares —afirmó Beatriz—. Están experimentando con una tecnología que no entendemos. Quién sabe qué diablos quieren lograr.

—Hay que irnos de aquí, Betty; Arreola no tarda en dar con nosotros.

—No vamos a huir de la ciudad, Dante. Mira, según el mapa de Hugo, en Tlatelolco apenas estarán surgiendo las primeras grietas; ahí nos podemos acercar lo más posible al socavón, sin ser tragados. Quién quita y el iPod capta más cosas. Debemos descifrar el origen de este desastre...

—Bueno, supongo que es mejor caer con la cámara encendida, que morir esperando el derrumbe.

—¡Exacto! Y es que hay muchas cosas que de plano yo no entiendo: ¿Por qué la ciudad está colapsando? ¿Qué tiene que ver mi mamá con todo esto? ¿Por qué el gobierno intenta ocultar los hechos? Una cosa es querer evitar el pánico en la gente, pero otra muy distinta lo que están haciendo. La ciudadanía necesita información.

En ese momento, la puerta del cuarto de motel fue derribada. No fueron los hombres de Arreola, sino una onda de choque expansiva. El socavón principal acababa de dar un salto masivo. Beatriz y Dante salieron al *garage* exterior y a través de la cortinilla vieron cómo el horizonte se desvanecía. El suelo de la ciudad se estaba inclinando. Los edificios a lo lejos lucían como fichas de dominó cayendo en cámara lenta hacia un centro invisible.

—¡Tenemos que movernos! —gritó Dante.

Pero Beatriz se quedó paralizada. En el cielo, entre las nubes y el rayo verde, empezaron a surgir imágenes: proyecciones de edificios que no existían, estructuras transparentes que se entrelazaban con los rascacielos de Reforma.

Mientras corrían hacia la camioneta, el silencio absoluto fue reemplazado por un rugido ensordecedor. La ciudad ya no gritaba; estaba cantando su propia destrucción.

[Registro de bitácora: Proyecto Anáhuac / Folio 90-05]

Arreola volvió a insistir hoy con el ahorro de materiales, sobre todo en la periferia. Dice que si no vemos lo que hay detrás de las fachadas en la colonia Agrícola Oriental, no hay necesidad de “dibujarlas” con tanto detalle.

Me aterra su pragmatismo. Estamos usando la memoria colectiva de la gente como si fuera papel de calca. El sistema funciona porque los ciudadanos “esperan” ver la ciudad, y esa expectativa es lo que mantiene el muro en pie. No es una construcción; es una persistencia de visión.

El algoritmo Huitzilopochtli está funcionando, pero a un costo ético que me quita el sueño. Hemos convertido a los capitalinos en los procesadores de su propia cárcel de concreto. Si un niño en Iztapalapa mira una pared, su lóbulo occipital es el que dibuja el grafiti y la grieta; nosotros solo le enviamos el impulso eléctrico para que crea que está ahí. Es brillante. Es eficiente. Es aterrador.

La magnetita del subsuelo sirve como fuente de energía para estabilizar la proyección. Sin embargo, hay zonas que requieren muchísima más resolución que otras; por ejemplo, en el puro Zócalo, dibujar Palacio Nacional, la Catedral y el Templo Mayor demanda una cantidad de energía que suscita intermitencias en otros sitios. Hasta ahora, nada grave, pero me inquieta que la magnetita, en algún punto del proceso, resulte insuficiente.

Dante detuvo la minivan atrás de la Plaza de las Tres Culturas. El aire en Tlatelolco no solo pesaba; zumbaba. La lluvia, al tocar el asfalto, no salpicaba: se fragmentaba en pequeños cubos de luz gris que se desvanecían antes de tocar el suelo.

—Betty, mira mis manos —la voz de Dante temblaba.

Beatriz giró y ahogó un grito. Los dedos de su compañero, al aferrarse a la manija de la camioneta, se veían translúcidos, como una imagen de televisión con mala señal. Por un segundo, Beatriz pudo ver a través de él la cerradura y la puerta del vehículo.

Al pisar la plaza, el sonido del mundo cambió. Los gritos de una multitud, como surgidos de otro tiempo, se estiraron hasta convertirse en una frecuencia sónica insoportable. Beatriz miró hacia las ruinas prehispánicas y luego hacia el edificio Chihuahua. Por un instante, las dos estructuras se encimaron: las piedras de las pirámides vibraban dentro de las paredes de concreto del multifamiliar, y lo mismo con la iglesia.

Dante señalaba el edificio Chihuahua, pero Beatriz bajó la mirada hacia el suelo, donde se había formado un charco.

—Dante, apaga la linterna.

—¿Qué? Nos van a caer encima los de la poli...

—¡Apágala!

Beatriz se arrodilló sobre el asfalto vibrante. En el reflejo del charco, el edificio no tenía ventanas. Se mostraba como un bloque liso de color gris. Miró hacia arriba: las ventanas se encontraban ahí, iluminadas con intermitencias bruscas que exhibían, superpuestas, las construcciones de distintas épocas. Volvió al charco: el reflejo seguía mostrando un muro ciego.

Sacó el iPod. El aparato estaba tan caliente que le ampollaba la palma. No salía estática de los audífonos, sino el sonido de un proyector de cine antiguo, un *clac-clac-clac* rítmico.

—Mira la luz, Dante —dijo ella, con la voz apagada—. Mira el reflejo. Es como si el agua no supiera qué parte del edificio mostrar. Como cuando mandamos a imprimir una página y la tinta se corre...

De pronto, lo inevitable: la plancha de concreto se partió como si fuera una maqueta golpeada por un puño invisible. Y el espacio donde se superponía la arquitectura de distintos siglos cedió a la gravedad del socavón.

Beatriz y Dante corrieron hacia la zona posterior de la iglesia. Ella levantó el iPod y lo usó como una cámara, mirando a través de la pequeña pantalla hacia los edificios y el centro de la plaza. En la realidad física, el socavón era un agujero negro que se tragaba todo, pero a través de la pantalla del dispositivo, Beatriz vio la verdad: debajo del pavimento no había tierra, ni piedras, ni obsidiana. Había un vacío blanco, infinito, y en el fondo, millones de líneas de código que subían como enredaderas.

Una figura apareció en el borde del vacío: la misma sombra que Beatriz había visto saltar al agujero en la Zaragoza, pero ahora, vista a través del iPod, la figura tenía rostro. Era ella misma. Una Beatriz con un traje de neopreno oscuro y ojos que brillaban con el mismo azul del abismo.

Su otro “yo” levantó una mano y señaló en dirección al sur. “Vuelve”, dijo la voz desde el iPod. Y todas las construcciones, antiguas, coloniales y modernas, entraron a una espiral que se extendió implacable a lo largo y ancho del espacio.

El suelo bajo la minivan se esfumó. Dante gritó mientras el vehículo quedaba suspendido en una especie de campo de píxeles negros. Entonces, ambos corrieron a través del Jardín de Santiago rumbo a Reforma.

Beatriz vio a más gente correr junto con ellos: hombres y mujeres que escapaban de algo incomprensible. En la carrera no dejó de advertir que varias personas caían y se quedaban atrás, a merced del agujero. Algunos presentaban sangre en sus ropas; otros yacían semidesnudos con heridas mortales, hechas por algún tipo de arma blanca.

Y entre los arbustos e hileras de cuerpos en el suelo, Beatriz pudo recordar algo tan fugaz como remoto: ella surcando aquella misma plaza en patines Saratoga, acompañada de su madre; las dos riendo sin prisa; ambas comiendo en la Burger Boy de Flores Magón y Eje Central...

La evocación no duró ni un segundo cuando logró ver a Dante a punto de caer: similar a un hilacho, una suerte de marioneta cuyo titiritero se había desvanecido muerto. Como flotando en el aire sin tiempo, el camarógrafo logró asir la mano de su compañera y, a duras penas, le siguió el paso sin recuperar del todo el equilibrio. Entonces, ambos cayeron en una zanja profunda que no formaba parte del socavón, pero que había sido provocada por su impacto telúrico.

El aire en la zanja se sentía denso y sabía a hierro, con un ligero olor a drenaje y a cable quemado. Beatriz sacó el iPod y este no daba señales de vida. Ni una

luz, ni un sonido, ni un rastro de estática... solo el metal frío y la pantalla tan negra, como la oscuridad que ahora los envolvía.

Tengo mucha sed. Creo que me lastimé una pierna; no me duele, pero la siento dormida. No sé cuánto tiempo ha pasado; lo último que recuerdo es que corríamos escapando por el jardín y de repente nos caímos; recuerdo que el iPod dejó de funcionar y luego... ¡Nada! ¿Me desmayé? ¿Me habré dormido? ¿Será que por fin nos tragó el agujero?

Dante yace a mi lado; no parece tener heridas pero luce palidísimo, mejor dicho, transparente. ¡Literal! Se puede ver a través de sus manos y su cuerpo. Me preocupa mucho. Por ahora duerme; sé que duerme porque respira y, de vez en cuando, brinca sobresaltado sin despertar; también, balbucea algunas frases inconexas de manera esporádica.

¿Qué estará pasando?, es decir, ¿qué estará sucediendo realmente? Algo que me impresionó bastante en la Zaragoza, además del microbús y el edificio gris cayendo al hoyo, fue esa persona alzando la mano como despidiéndose, para luego saltar al vacío. Yo sé lo que vi ese día, y sé lo que acabo de ver en Tlatelolco. Esa persona era yo, o alguien idéntica a mí. ¿Serás tú?

Cuando te fuiste nunca me quedó claro el porqué de tu distancia. Cada vez te veía menos: tú siempre trabajando o encerrada en el estudio, pegada a la computadora. ¡Qué diferencia de mi infancia!, de cuando me cepillabas el cabello para llevarme a la escuela... De cuando... Ya ni siquiera me acuerdo de la sensación del cepillo pasando a través de mi cabeza; solo veo aquella escena como si se tratara de una película muy vieja... ¿Qué estoy diciendo?... ¿En verdad sucedió?

A últimas fechas, siempre me acompañaba papá; él me ayudaba a resolver mis cosas. Tú brillabas por tu ausencia. Supongo que ahora él está contigo, donde quiera que sea. No me acuerdo de que hayamos compartido algo los tres, siempre éramos solos papá y yo, o nosotras sin él, o yo sola.

Esta sed me desespera. ¿De camino a casa vendrás a verme? ¿Irás por mí a la escuela? Te he esperado en la Danesa 33 hasta las dos y media... Habíamos quedado en que... Ya estoy en el cine... Mejor le hablo a... La voz me tiembla, se entrecorta... ¿Quién eres? ¿Qué nombre florece detrás de este *junper*? ¡Cuánta puta sed! Y papá que no despierta, no mueve las piernas, estos muñones vendados que me dicen que no podrás... que no podremos...

Siempre te quise, incluso desde antes de conocerte, cuando aún eras un proyecto, un esbozo de futuro... Me gustaba oír mi risa en la tuya, ver mis ojos

en los tuyos... Y esos conejos que brotaban del piso, de aquel parque a un costado del Multicinema... Y esa música, ese *pop* que me atenuaba el miedo, este Walkman amarillo que me relaciona con la nueva vida...

Tengo mucha sed. Creo que me lastimé una pierna. ¿Dónde estará Dante? Solo veo su chaleco *puffer* y su mochilita verde, más bien verdinegra... Solo huelo su perfume Stefano. ¿Aún existirá esa marca? Es igualita a la colonia que usaba Arreola aquel día... Lo extraño tanto... Pero no más que a ti...

Desde que papá se fue, te he extrañado mucho. Lo más curioso es que todos mis recuerdos de ti son muy pero muy vagos, incluso los felices: aquella ida a Reino Aventura, el tren escénico en Chapultepec, la visita a México Mágico. De esta última, debería tener un recuerdo mucho más claro, pues ya tenía diez años, pero no, toda mi memoria de ti es como un filme antiguo pasado por la borrosa luz de un proyector.

Y ahora, esa imagen, esa maldita y escalofriante imagen de ella, ¿de mí?, ¿de ti?, señalando y dando un paso al frente del abismo... Es más viva que todos mis recuerdos juntos.

[Registro de bitácora: Proyecto Anáhuac / Folio 91-07]

Ya casi está todo listo. La ciudad luce restaurada, moderna, viva. La proyección arroja errores eventuales, pero son mínimos, nada de qué preocuparse: una fachada en Cuajimalpa, algún muro en la GAM, cierto bache en la Zaragoza...

Hemos ido reconfigurando poco a poco la conciencia colectiva, por partes, sobre todo en lo que respecta a la construcción de recuerdos concretos, empezando por el 85, 86 y 88. El Presidente ha insistido en que dejemos "algo de verdad" en el imaginario cívico, sobre todo en lo que concierne a la elección presidencial y a las protestas poselectorales. Así lo hemos hecho.

Ya solo esperamos dar el *reset* definitivo en la conciencia de los ciudadanos, una vez que el Presidente regrese de la Cumbre Iberoamericana en Guadalajara. De ahí en adelante solo tendremos que monitorear el *software* en modo "prueba" un año más, hasta la firma del TLC.

—Betty, me siento muy cansado, y creo que cada vez estoy más transparente.

—¿No traes nada de comer en tu mochila?

—Traigo un poco de agua; pásamela por favor.

—Bebe, has de tener mucha sed, igual que yo.

—Nunca pensé acabar así, es decir, mi vida...

—No digas eso, amigo. Saldremos de esta.

—Quién sabe.

—Verás que sí.

—Mi abuelo decía que los Dante cargamos una condena...

—Sí me lo comentaste. Aquello de andar por lugares horribles con la esperanza de encontrar algo valioso, ¿no?

—Eso.

—Verás que encontraremos algo que nos hará sentir que todo esto valió la pena.

—Tú vales la pena... Vivir todo esto a tu lado...

—Descansa, Dante. Debes recuperar fuerzas.

—Es en serio, Betty. Cuando mis papás murieron, yo apenas tenía tres años; casi no me acuerdo de ellos. Mi abuelo me cuidó; no solo fue mi abuelo, sino también la hizo de papá y mamá. Él me enseñó a tomar fotografías con una vieja Olympus. Lo primero que fotografié fue una foto de mis papás que estaba en la sala. Ridículo, ¿no? Tomar una foto de otra foto.

"Yo quería capturar una esencia que no conocí, mejor dicho, reconstruirla, o más bien fabricarla para mí. Creo que el periodismo debe comunicar hechos veraces, pero ¿qué es la verdad, si no una representación de nuestra propia subjetividad? Todos fabricamos nuestras propias versiones de lo que para nosotros es real, en nuestra mente, en lo más profundo de nuestro ser, en nuestro corazón.

"Creo que eso es lo que mueve en el fondo a los periodistas, o al menos ese ha sido mi caso, querer comunicar mi particular noción de lo verdadero. ¿Te has puesto a pensar qué pasaría si todos tuvieran una idea distinta de lo que es cierto y lo que no? Todo sería una gran mentira; no existiría ningún sistema de

creencias, ni filosofía, ni siquiera la ciencia. Si todo esto existe es porque hay personas que comparten entre sí una misma noción de la realidad.

"Para mí, lo cierto es que mis padres son un pasado feliz, idílico, que los trascendió a ellos y vivió en mí, gracias a mi abuelo, que me guió y me mostró de qué se trataba todo.

"Cuando él murió, yo entré de camarógrafo al canal, y desde entonces me ha tocado reportar mi visión particular de esta existencia. Mi verdad, que es la de muchos otros, igual de apasionados, igual de solitarios. Y entonces, te conocí.

"Desde ese momento supe que eras como yo, aunque diferente, claro, pero en el fondo intuí que nos abarcaba la misma certeza: una soledad profunda, existencial, que va incluso más allá de madres y padres difuntos, una orfandad que se siente infinita y en la cual buscamos una explicación, una identidad perdida, algo que justifique nuestra permanencia en esta vida, en este ciclo sin origen y, acaso también, sin fin: solo un bucle que nos lanza a vivir lo mismo siempre.

"Ya no me importa este infierno, o si muero, o si sobrevivo, pues aún muertos seguiremos transitando el mismo bucle, en otros cuerpos, en otros sueños, con otros nombres: Beatriz y Dante, Calixto y Melibea, Isolda y Tristán...

"Cortados por la misma tijera, Betty. ¿Con quién, si no contigo, iba a vivir este apocalipsis?, ¿con quién, si no conmigo, ibas a ver morir la realidad?

[Registro de bitácora: Proyecto Anáhuac / Folio 94-01]

El algoritmo Huitzilopochtli lleva ya dos años funcionando en modo “estable”; sin embargo, he notado las primeras fisuras en el dibujo. Ayer, en el paradero de Pantitlán, el cielo se quedó “atascado” en un tono de gris que no correspondía a la hora. Nadie se dio cuenta porque todos miraban sus zapatos. Pero yo sé que la placa base (la magnetita del lago) está empezando a rechazar nuestra proyección.

Si esto falla, no será un derrumbe. Será como si alguien apagara el proyector en mitad de la función. Por eso te dejo el negativo original: he empezado a guardar mis propios recuerdos en disquetes y una versión sonora de esta bitácora en el Walkman (este se irá actualizando conforme se vaya actualizando también la versión del programa). Cuando yo desaparezca en el entintado, tú tendrás que ser la que ajuste el lente. Eres la única que podrá ver el boceto debajo de la pintura.

Ante una creciente sensación de asfixia, Beatriz y Dante trataron de salir de aquella zanja. Ella había recuperado la movilidad de la pierna, pero él permanecía débil, apenas con las fuerzas suficientes para caminar apoyado del hombro de su compañera.

Dieron algunos pasos al azar y encontraron un hueco que comunicaba la zanja con una cavidad más amplia, una especie de túnel al que accedieron con cierta dificultad. Conforme iban caminando, el túnel se hacía más grande y sus ojos se acostumbraban más a la penumbra, por lo que, poco a poco, fueron distinguiendo formas y contornos en la oscuridad.

—Mira, Dante, ¿puedes ver aquellas figuras en la pared? Son como triángulos y líneas, o círculos, que forman otros como dibujos más grandes. Están en todas partes, no solo en la pared, igual en el techo y creo que también en el piso. No distingo bien. ¿Puedes verlos?

—Hemos de estar en una ruina prehispánica, muy al fondo, tal vez esto sea parte de las ruinas de Tlatelolco. ¿Cómo saberlo? ¡Pero mira todos esos glifos! ¿Puedes ver los demás?, ¿los de la izquierda?

El túnel se amplió a tal grado que se convirtió en una gruta genuina, una caverna en el subsuelo que tenía varias bóvedas cuyo techo se alzaba altísimo, tanto que la vista no alcanzaba a delinearlos con claridad.

Después de avanzar unos veinte metros, llegaron a una bóveda por donde pasaba un río, y a lo lejos deambulaban siluetas luminosas de lo que aparentaban ser personas. Se veían lejanas y no se les podía apreciar un rostro o un cuerpo nítido: ¿se trataba de hombres?, ¿mujeres? ¿alguna especie de animal desconocido?

—Dante, ¿qué son esas cosas? ¡Se están moviendo! ¡Por Dios! ¿¡Dónde diablos estamos!?! ¿Ya nos tragaría esa cosa?

Dante miró fijamente hacia un punto lejano:

—No estamos en una ruina —dijo—. Estamos en el Mictlan, el lugar al que llegan los muertos.

Beatriz sintió que el suelo se inclinaba.

—¿El inframundo mexicana?

—Así lo indican los códices grabados en los muros, las figuras en relieve, pero sobre todo, el río helado y los destellos espectrales que van y vienen, de una orilla a otra.

—Eso quiere decir que... ¡Dante!, ¡Dante, responde! Estamos...

—Y apenas estamos en el primero de los nueve niveles.

Ambos fueron bordeando aquella ribera inestable; era difícil precisar dónde comenzaba el agua y dónde la tierra, mientras se escuchaba el eco hipnótico de la corriente que caía de alguna parte, como una cascada fina, casi musical, pero muy a la distancia.

Las siluetas se encendían y apagaban al fondo de la bóveda, hasta desvanecerse contra un monolito de unos veinte metros de altura. Más allá del monolito, ya no se veía ningún destello, solo un hombre, o eso parecía, como a diez metros, sentado en una roca.

Aquel ser tenía un cuerpo delgado, casi en los huesos; carecía de mandíbula inferior y recargaba su maltrecha figura en una vara podrida, que hacía las veces de bastón. Beatriz quiso gritar, pero le fue imposible; la sangre se le agolpó en el corazón, en la frente, en las extremidades que ahora se sentían engarrotadas, inútiles para iniciar la fuga, cuando vio con desorbitados ojos que aquel hombre no tenía pies, solo unos muñones diminutos que semejaban garras de águila.

Pasaron de largo ante aquella aparición, despacio y en silencio, pues alguna fuerza extraña y poderosa les impedía correr o siquiera hablar. Después, llegaron al pie de dos montículos que, de pronto, se revelaron a sus ojos como un par de montañas. Estas se juntaron y chocaron entre sí con un sonido espeluznante, para formar una sola mole. Luego, volvieron a separarse para recuperar su individualidad grotesca y ser de nuevo dos, dos montes sin edad por donde rodaban cráneos y huesos humanos.

Beatriz recordó de pronto algo que había leído de niña: el camino de los muertos pasaba entre montañas que se aplastan entre sí.

—Debemos pasar entre los cerros cuando estos se abran, Betty. Si no, quedaremos aquí prensados para siempre.

Cruzaron justo por en medio, entre el fétido olor de los cuerpos en descomposición, pero solo para llegar al pie de otra montaña, más grande y más amenazadora. Sin tener clara noción del tiempo, llegaron a la cima, donde resplandecían dos sepulcros bajo una lluvia de cenizas y pavesas.

Ambos se asomaron a las fosas, que proyectaron una nube de luz en torno a la Ciudad de México y un estallido ensordecedor: cuerpos en llamas, torsos, piernas, rostros carbonizados... El horror fechado una mañana aciaga de

noviembre, de aquel 1984, que se extinguió en sus sentidos hasta reducirse a menos que un recuerdo.

Beatriz no supo cuánto habían permanecido ahí: ¿serían horas?, ¿días?, ¿acaso años o siglos? Un viento helado se dejó sentir, cortando la piel como cuchillo de obsidiana, no tan profundo pero lo suficiente para saber que estaban en una región cubierta de nieve, azotada por copiosas tormentas y con un frío que descarnaba.

—No siento las manos, Dante. Es mucho frío. Ya no puedo habl...

Beatriz se vio de súbito en el piso, abrazada a Dante, medio dormida, medio despierta, imaginando oír a su compañero y sus explicaciones, con hielo en las pestañas y la mente fatigada...

—Vienes a mí desde otro espacio, desde otro tiempo, donde la distancia se estira... ¿No ves que somos aire?, ¿no ves que somos frío?... Arreola no podrá solo, tienes que ayudarlo... Lo mejor fue tu cumpleaños, tantas horas de trabajo acuartelada y... ¡por fin!, una noche libre... ¿Iremos a cenar?, ¿iremos a bailar?, el Magic Circus está cerca, queda de paso... Ayer almorzamos en el Wings de Aeropuerto... Ya ha pasado una semana, pero Arreola no me ha vuelto a marcar... “Las mil y una noches que pasé contigo, la luna nos unió y ni tú ni yo supimos volar”...

Beatriz vuela por los aires, sacudida con violencia como un trapo viejo; tal vez una bandera izada a media asta. La mano de Dante en la suya. Lentamente abre los ojos y se ve arrastrada por la ira del viento. Por fin alza la vista, de nuevo en el suelo, y solo ve un sendero en cuyas laderas muere la luz.

—Hay que cruzar el camino, Beatriz. Este es “el lugar donde la gente es flechada”. Hay que esquivar las flechas que se lanzan desde ambos flancos del sendero.

El camino estrecho se abre a sus pasos titubeantes. A los lados, el tronar de las subametralladoras Intratec TEC-9 golpea sus tímpanos sensibles. Las ráfagas y detonaciones, sin embargo, no rozan siquiera su piel, su proyección lumínica en las sombras. Han librado un fuego cruzado que se siente eterno. A diferencia del pasado, del futuro, los sicarios no aciertan esta vez.

Entonces, se abre ante sus ojos un llano extenso, donde el rugir de las fieras se puede escuchar a escasos metros de distancia: jaguares, pumas, lobos y bestias amorfas acechan a los viajantes, en busca de sus corazones llenos de pavor.

—Mira cómo las fieras abren el pecho de los difuntos y les devoran las entrañas. Mira cómo sacian su infinita sed de sangre.

Gritos, pasos, una multitud. Hombres con puños enfundados en guantes o pañuelos blancos, en lo alto, y más allá, bengalas en el cielo. Disparos. De nuevo gritos. La corredera empieza. Gente que cae, niños que caen, mujeres que entrañan balas, mujeres que están pariendo coágulos. Cascos y botas. Bayonetas. Jóvenes que agonizan. Tanques e ignominia. Muerte. Humillación.

Una espesa niebla se apodera de todo el espacio. Beatriz no ve nada, no escucha nada; sus sentidos la abandonan. Solo el silencio reina. Solo queda un tacto mínimo que reconoce una corriente de agua en el cuerpo, muy fría, demasiado tenue, que se hace una con la piel.

El alma se dispone a rendirse. Más allá aguarda el noveno nivel: el final del sufrimiento, la disolución del yo. Beatriz recupera el oído. Beatriz recupera la vista, pero no escucha más que un eco, no mira más que al anfitrión sin prisa, al dueño del eco que se apaga y de la sombra que se alarga.

La máscara de marfil antiguo, tallada por el viento de navajas, con dientes expuestos, sonrío. Mictlantecuhtli no mira con ojos, sino con el vacío de las constelaciones muertas. Sus manos son garras de piedra que sostienen los hilos del tiempo, y en su pecho, el hígado abierto exhala el frío de los nueve niveles. Es el Señor de los Descarnados, el que guarda el polvo de la humanidad, el silencio que precede a la creación y el descanso que sucede a la batalla.

El Dios extiende la mano y Beatriz la suya. En un último instante, ella posa su mirada en un pequeño talego que pende de aquel cráneo de cuencas desiertas. En un último suspiro, se lo arranca. Esconde el taleguillo y corre con la mente a una velocidad que no conocen sus piernas. Un millón de sombras la persiguen. De pronto cae en una fosa y el talego se estrella en el piso...

Como quien yace al fondo de una tina de agua y de pronto se incorpora con violencia, jalando todo el oxígeno que puede, Beatriz se enderezó y abrió los ojos al máximo, sobresaltada.

Dante yacía a su lado; su rostro era como la pantalla de un televisor sin señal, pura estática gris con severas intermitencias.

—¡Dante!, ¡háblame por favor!

Ni una palabra. Solo un zumbido muy débil acompañado del movimiento de sus manos. Sin abrir los ojos, Dante posó sus puños en los de Beatriz para entregarle algo: un costalito de lona que soltó a la par de que su imagen desapareció completamente.

[Registro de bitácora: Proyecto Anáhuac / Folio 94-12]

Se ha programado una actualización de emergencia del *software*, pues los errores han ido escalando notablemente. Los artefactos visuales en la zona oriente indican que la tasa de refresco del subsuelo está cayendo por debajo de los niveles de seguridad.

Con esta nueva versión, "Huitzilopochtli 2.0", se estima solucionar los *glitches* en un 99%. Sin embargo, debemos ser cuidadosos; Arreola dice que el riesgo de cada actualización es que tras ella pueden ocurrir eventos trágicos, consecuencia de que la nueva versión no reconozca los antiguos controladores del *hardware*, en este caso, los componentes instalados en el sótano de Palacio Nacional y en la parte oculta del Templo Mayor.

Aun así, es un riesgo calculado, por lo que la actualización se programó para el 19 de diciembre. Para entonces, el nuevo gobierno ya habrá tomado posesión; el doctor Zedillo ya está al tanto de todo el funcionamiento del sistema, al igual que su equipo de Gobernación, y ha ratificado a Arreola en su cargo de director del proyecto y a mí como coordinadora técnica.

De cualquier modo, hay que tomar las debidas precauciones. He configurado una Instancia de Persistencia (IP), para preservar los datos ante cualquier apagón eventual. La encriptaré en un chasis de almacenamiento externo que servirá como interfaz de retorno. Este dispositivo será tu responsabilidad. Te lo entregaré cuando tu Constructo Heurístico alcance el umbral de empatía necesario, es decir, cuando hayas desarrollado una respuesta emocional por encima del 90 por ciento. Este dispositivo será tu *bit* de paridad.

Mientras tanto, debo alimentar tu memoria, preservando la mía en los disquetes y en el dispositivo que bien podría integrarse en el Walkman.

Beatriz caminó sola un largo trecho del túnel. Al final podía verse una luz diminuta, acompañada de murmullos que crecían conforme sus pasos avanzaban.

La luz también aumentaba su circunferencia, hasta que al cabo de unos minutos abarcó a Beatriz, cegándola por unos instantes llenos de incertidumbre.

—Por fin llegas. No cambias, Elena, siempre te tengo que esperar.

Poco a poco, las pupilas de Beatriz recobraron su diámetro original y pudo ver todo a su alrededor: se encontraba en las vías del metro Garibaldi de la línea B, saliendo del túnel subterráneo por donde circulan los trenes.

En el centro de las vías, sentado sobre la barra guía que alimenta de electricidad a los convoyes, estaba Arreola. Su rostro lucía cansado; vestía un traje gris oxford con el cuello de la camisa desabotonado y una corbata color vino, con el nudo Wilson a la altura del pecho. En el andén, caminaban sus subalternos examinando las instalaciones de aquella estación abandonada.

—¿Gustas un café? —dijo Arreola levantando el vaso de unicel que traía en la mano izquierda.

—¿Qué está pasando? ¡Tiene que decirme la verdad! Acabo de ver a mi compañero desvanecerse... He visto y vivido cosas inexplicables, en el túnel, en Tlatelolco, en el... ¡No pueden seguir ocultando todo!

—Tranquila. No soy tu enemigo. Tal vez si dejas tu actitud defensiva, podamos entendernos.

Aun cuando la estación no estaba en servicio por obvias razones, la música ambiental en el andén reproducía una antigua canción de los ochenta que Arreola comenzó a tararear... *En tierra firme nada que dudar. Aunque te digan 'acabado', no hagas caso, no. Sigue adelante, nadie irá por ti...*

—¿Cómo me pide tranquilidad después de todo lo que vi? ¿Cómo puede usted cantar como si nada? ¿Qué está haciendo el gobierno para salvaguardar a las personas, más allá de ocultar todo tipo de información? ¿Por qué no evacuan las zonas afectadas?

—La zona afectada es toda la ciudad.

—¿Y qué hay de la gente desaparecida? Yo vengo de abajo de las ruinas de Tlatelolco y...

—No hay un “abajo”, ni un “arriba”. La Ciudad de México es un palimpsesto —su voz era pausada pero firme—. Escribimos una metrópolis moderna sobre un texto anterior que nunca fue borrado del todo. Lo que vemos es cómo el pasado expulsa al presente para recuperar su espacio natural. No hay adónde evacuar a nadie.

—Explíquese, Arreola. No le entiendo ni jota.

Arreola soltó una exhalación que sonó a cansancio acumulado por décadas... *El pasado no podrá volver a ser igual. Y quizás así es mejor yo no lo sé...*

—En 1985, dos terremotos sacudieron la Ciudad de México...

—Eso ya lo sé, Arreola, todo mundo lo sabe.

—Lo que no sabes es que el desastre fue mucho mayor de lo que cuentan las crónicas periodísticas o los libros de historia. Aquel septiembre del 85 la ciudad quedó destruida casi en su totalidad. Y así permaneció por años. Cuando Salinas de Gortari llegó al poder, autorizó un proyecto para reconstruirla y modernizarla. A mí me nombraron director general del proyecto, y desde entonces me he encargado de todo lo relacionado con la ciudad; a pesar de los cambios políticos y administrativos, sigo al mando como responsable de Infraestructura Crítica del CISEN.

”Básicamente, el proyecto consistió en una especie de “virtualización” de la realidad urbana.

—¿Qué rayos es eso? —preguntó Beatriz mientras tomaba asiento junto a Arreola, en la barra guía de las vías.

—El costo de la reconstrucción era impagable, así que se decidió renderizar la megalópolis moderna sobre el lago muerto del Valle de México.

—¿Renderizar?

Arreola asintió dando un trago largo al café que, para entonces, era más asiento del soluble que líquido en el vaso. La música ambiental seguía reproduciendo tonadillas poperas que contrastaban con la gravedad del momento, con las palabras del funcionario que entonces prosiguió:

—Para decirlo en términos sencillos, la Ciudad de México no existe físicamente; es una especie de holograma que se proyecta desde un Centro de Control bajo el Palacio Nacional. Se envían imágenes simuladas de la ciudad a los cerebros de los ciudadanos, quienes completan la información y “dibujan” los detalles de cada edificio, calle o monumento de la urbe, a partir de sus recuerdos.

—Pero... ¿Qué hay de la conciencia de las personas?, ¿cómo pueden olvidar que el terremoto fue así de destructivo?, ¿cómo no se dan cuenta de la supuesta realidad simulada?

—Es porque también renderizamos su mente. O algo así. No le lavamos el cerebro a cada uno; solo reseteamos la conciencia colectiva. Sin embargo, la historia ha seguido su curso sin la intervención del proyecto.

—¿Y por qué está sucediendo todo esto?

Por la resequedad del subsuelo. Para sostener el holograma, necesitamos energía que obtenemos de la humedad debajo de la tierra, pero ahora no hay suficiente humedad. Por eso, estamos viendo cómo la ciudad entera cede su lugar a la antigua geografía del Altiplano: los restos prehispánicos y el lago muerto.

La cara de Arreola dejó asomar una expresión de alivio; en tanto, Beatriz no salía de su azoro, al que se le sumaba una sed inagotable de certezas y verdades:

—¿Y qué tiene que ver mi madre con todo esto? He visto imágenes y mensajes de ella en mi iPod. ¡Usted debe conocerla! Ella trabajó en un asunto clasificado en el CISEN. Nos dijeron que murió en un accidente en las instalaciones, pero jamás vimos su cuerpo, ni supimos más de ella. ¿Mi madre estaba enterada de este diabólico proyecto?

—Elena... ¡Por favor! ¿En serio esa es tu pregunta?

—Sí, mi madre era Elena Páez Domínguez. ¿Qué tiene usted que ver con ella?

Arreola esbozó una sonrisa que molestó a la reportera... *Tú, la misma, siempre tú. Amistad, ternura, qué sé yo...* Beatriz se puso de pie y le tiró el vaso de unicel de un manotazo... *Tú, mi sombra has sido tú, la historia de un amor, que no fue nada...*

—¡Responde, chingao! —Los trabajadores de Arreola voltearon ante el grito de Beatriz.

—Veo que aún no sabes nada. Te responderé, pero no tienes por qué ser tan agresiva —Arreola le hizo señas a uno de sus trabajadores pidiéndole más café—. Elena era la coordinadora técnica del proyecto; su labor fue la mejor, pero por desgracia las mentes brillantes suelen ser pésimas para apegarse a las normas burocráticas.

—¿Qué está diciendo? —murmuró Beatriz con el rostro descompuesto.

—Ella fue la artífice de todo esto. Elena escribió el código de cada bache, de cada edificio de Reforma, de cada recuerdo que tienes de esta ciudad.

—¿Y por qué la eliminaron? —preguntó Beatriz, mientras sentía un nudo en la garganta.

—Porque, después de la actualización del algoritmo en 1994, detectó una falla relacionada con el estrés hídrico, y esa deficiencia fatal ha escalado, hasta acabar en lo que estamos viviendo ahora. Elena quiso advertirle a la gente, hacer pública la información. Por eso, el Presidente mismo ordenó ejecutar un “terminado de proceso”. No la mataron. Simplemente... alteraron su registro en la memoria colectiva, para que solo recordaran de ella su aparente deceso y la información relacionada con este.

Arreola pronunció esto último con la voz quebrada... *No existe un lazo entre tú y yo. No hubo promesas ni juramentos, nada de nada...* Beatriz sintió un zumbido en los oídos. El iPod revivió en su bolsillo y vibró con un pitido agudo, una frecuencia de alerta que le quemaba a través de la ropa.

Arreola señaló el iPod con un gesto solemne:

—Sin embargo, Elena nos legó una esperanza, una opción para seguir vivos.

—Te escucho.

—En realidad, no eres su hija en el sentido biológico. Eres un código que Elena encriptó y lanzó al futuro como un salvoconducto. Y ese iPod tuyo es lo único que evita que el sistema te reconozca como un error y te borre de un plumazo...

Beatriz comprendió con terror que ella también era una simulación, un código más escrito por su madre, el cual formaba parte de aquel maldito algoritmo.

—¿Qué debo hacer?

—Necesitas acoplar el iPod con un artefacto clave, un *hardware* complementario que Elena escondió muy bien. Es una especie de imán en forma de hueso. Ella dijo que solo tú podrías encontrarlo en lo más profundo de la tierra... pues donde quiera que te encuentres, “nunca estarás fuera”.

De inmediato, Beatriz se llevó la mano derecha al costalito que colgaba de su cuello, en la cadena de oro junto a su camafeo. Supo enseguida que el taleguillo contenía el preciado *hardware*.

—¿Lo debo conectar en el Zócalo? —balbuceó ella.

—Sí, en el Centro de Control subterráneo que está entre Palacio Nacional y el Templo Mayor... Yo lo podría llevar ahí, pero de nada serviría; solo tú... bueno... eres el “usuario único” con privilegios, que puede forzar el reinicio o el apagado definitivo del sistema: si lo conectas, el algoritmo se actualiza. Si no lo haces, no habrá edificios, ni hospitales, ni estaciones de metro. Solo quedará el polvo, el

salitre del lago seco y veintidós millones de personas cayendo en el eterno vacío de la inexistencia. Es tu decisión.

—¿Elegir la ciudad simulada o la real? ¿La mentira o la verdad? ¿La vida o la muerte? ¿Hay alguna posibilidad de apagar el *render* y comenzar una vida nueva sobre las ruinas de la ciudad?

—Casi ninguna. Con mucha, mucha, pero mucha suerte, podría suceder que la ciudad, como la conocemos hoy, desaparezca y queden las ruinas como estaban después del terremoto, o bien, que ocurra un milagro y vuelva a su estado anterior al sismo. Pero el riesgo es altísimo, lo más probable es que solo quede una cuenca desierta en donde antes existió la capital.

”Sea lo que sea que decidas, debes apresurarte, pues no queda mucho tiempo. Puedes seguir por ese túnel —dijo Arreola señalando los rieles del metro en dirección Ciudad Azteca—. Unos veinte metros antes de llegar a la estación Lagunilla, del lado derecho, hay una desviación de las vías que te llevará hasta el Centro de Control.

”¡Suerte! —El tono de Arreola cambió mientras tomaba las manos de Beatriz con ternura—. Sé que lo harás, por la ciudad, por ti, por mí, por nuestra historia, por nosotros... *Amiga, tú, la misma de ayer, la incondicional, la que no espera nada. Tú, la misma de ayer, la que no supe amar, no sé por qué...*

Beatriz se alejó por el túnel, con su mano translúcida sobre el costalito y esas lágrimas de estática, que surcaban sus mejillas.

En medio del túnel, el olor a ozono y a cable quemado era penetrante. Beatriz caminó alumbrada por las lámparas de gas neón que flanqueaban las vías. Iba escuchando el iPod que, para entonces, reproducía en modo aleatorio las bitácoras del Proyecto Anáhuac. La voz de Elena se escuchaba nítida, aunque fantasmagórica...

Arreola dice que el riesgo de cada actualización es que tras ella pueden ocurrir eventos trágicos. ¿Qué hacer ahora? El reinicio del sistema no garantiza que las cosas salgan bien. Además, las implicaciones éticas de ese plan son aterradoras: habitar una simulación, vivir en la mentira, continuar siendo un simulacro.

Por el contrario, la alternativa es tentadora: apagar la proyección y ceder el espacio a una ruina muerta, donde no tendrá cabida ninguno de nosotros. Sin embargo, aunque mínima, existe una probabilidad...

Arreola dice que puede ocurrir un milagro, que la ciudad puede volver a su estado anterior al terremoto. Claro que si no ocurre tal cosa, todos moriremos, pero... ¿Qué no estamos muriendo ya? ¿Qué no es lo mismo ser una apariencia, un código de programa, que una difunta más?

A pesar de ello, la vida de muchos depende de mí. ¿Qué hay de las personas de carne y hueso, las que no son como yo? ¿Qué hay de sus sueños, sus planes, sus familias? ¿Qué pasará cuando la magnetita del lago se agote o si no actualizo el *render*?

Arreola volvió a insistir hoy con el ahorro de materiales... ¿Se podrá construir una nueva ciudad sobre las ruinas, a prueba de *bugs*, de fallas geológicas, de estrés hídrico, de terremotos?...

En algún punto del camino, Beatriz vio los rieles bifurcarse. Tomó por el ramal derecho de las vías y la oscuridad fue aclarándose de a poco. Algún registro en la superficie filtraba una luz muy pálida, que iluminaba sus pasos más que los tubos blancuzcos de neón, empotrados a los lados.

Después de varios minutos de caminar y escuchar sus propios miedos, su memoria a largo plazo en el dispositivo, Beatriz llegó a una bahía de servicio en cuyo fondo, entre la lucha de la luz contra la sombra, se reveló una puerta...

Dante dice que se trata de un “reproductor de música”, yo lo llamo *interfaz de retorno*. El objeto debe vibrar a la misma frecuencia que mi lóbulo temporal para asegurar que, al llegar al Centro de Control, el reconocimiento sea automático.

El iPod vibra al fin; he logrado establecer la conexión remota con el artefacto clave. Ahora es momento de no pensar en nada más. Concéntrate, Elena. Tienes que cumplir lo prometido. ¿Y si regreso por el túnel?, ¿y si salgo a la superficie?, ¿y si... ¡Ay!, compañero, ¿dónde estás? ¡Cómo me haces falta!...

La puerta tenía una manija de cobre con un botón arriba, que ella pulsó para abrirla con facilidad. Del otro lado, una escalera conducía hacia abajo, más al fondo, donde un pasillo posterior se desplegaba ante su vista.

El talego emitió un breve destello que terminó de iluminar el piso: un lago verdiazul, un flujo incesante de números y datos, cubrió toda la superficie bajo sus pies. Entonces, recorrió aquel pasillo de cristal; arriba, cruzaban puentes de luz en dirección de lo que fueron las antiguas calles...

No pasó mucha distancia más, antes de que el Centro de Control se vislumbrara al final del pasillo. Elena entró en el cuarto oscuro. Al frente, una mesa grande; encima de esta, una fila de computadoras y tableros con luces de colores, botones y señalamientos técnicos. Colgando de la pared izquierda, un perchero sostenía un traje negro de neopreno.

Elena conecta el iPod en el puerto principal. Simultáneamente, Beatriz coloca sobre la pantalla el *hardware* en forma de hueso. La pantalla revela el dilema: > EJECUTAR: SHUTDOWN_ANAHUAC.EXE? (Y/N). Ambas oprimen el botón. Ambas se ponen el traje negro. Un ademán sincronizado guía sus manos como si fueran una sola. La realidad parpadea. La ciudad se borra, aparece de nuevo, cambia de color, centellea, se oscurece. Ambas cierran el ciclo. Ambas saltan al vacío...

Apenas había cerrado las llaves, cuando tuvo que jalar la toalla, ponerse la bata y salir corriendo. El teléfono timbraba como loco desde hacía rato:

—¿Bueno?

—¿Te desperté?

—Para nada, muñeco. Iba saliendo de bañarme.

—Solo llamé para recordarte qué día es hoy.

—¿19 de septiembre?

—Ay, Julieta... No solo es 19 de septiembre; hoy es... ¡El día! Hoy quedaron de avisarnos si nos aceptan el proyecto o no. ¿Qué harás al rato? Te invito a comer, ¿qué te parece a la 1:30?

—No puedo; iré al Rébsamen por mi sobrino. Hay junta de padres de 1:00 a 2:00 y voy en representación de mi hermana. Mejor desayunamos. Solo me visto y voy para tu casa.

—Voy de salida. Quedé de desayunar con mi papá a las 7:00 en el Súper Leche, y ya son seis y media. Lo dejamos para la cena, ¿cómo ves?

—¡Va! Sirve que celebremos lo del proyecto.

—Así le hacemos.

—Bye. Cuídate.

—Oye, Julieta...

—¿Qué pasó?

—¡Te quiero!